

# Globalización, pobreza y desarrollo

LOS RETOS DE LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL

**Enara Echart**

**Luis Miguel Puerto**

**José Ángel Sotillo (coords.)**

Rafael Hernández Tristán

Carmelo Angulo Barturen

Elizabeth M. White

Melba Castillo

Luis Jiménez Herrero

Rosane Mendonça

Andrew Mold

Laura Feliu

Manuel de la Rocha

Marianne H. Marchand

Eveline Herfkens

Bárbara Fritz

Kunibert Raffer

Ramón Guzmán Zapater

José Vidal-Beneyto

Francis Pisani

Irene Rodríguez Manzano

Geert Laporte

Juan Pablo de Laiglesia

Rafael Grasa

Juana Bengoa

Florencio Gudiño

João P.C. Guimarães



JOSÉ VIDAL-BENEYTO\*

UNA FALSEDAD SUFICIENTEMENTE REPETIDA SE CONVIERTE EN UNA REALIDAD INCUESTIONABLE

El tema principal que trataremos aquí pertenece a esa forma especial del conocimiento que es la ideología, importante en una facultad de Ciencias Políticas, sobre todo cuando el núcleo central de nuestra resistencia, la resistencia de los que estamos anclados en la orilla del progreso, es la ideología.

En este sentido, en todas partes se ha dado mal la noticia del resultado de las elecciones que ha ganado el señor Bush. No se trata de que el presidente Bush nos intente imponer los integristos políticos, religiosos, culturales, etc. De lo que se trata es exactamente de lo contrario: esos integristos, que en definitiva se pueden resumir en integrismo ideológico, han impuesto al señor Bush. Hoy la gran victoria de Bush es la victoria de la ideología extremo-radical de la derecha. Lo que además no es producto de la casualidad. No es nada fácil imponer un primado ideológico, es una operación difícil, costosa, que requiere tiempo. Veremos brevemente cómo se ha producido esta victoria, pero antes hay que recordar que se produce en la sociedad del siglo XXI, caracterizada fundamentalmente por tres grandes tradiciones.

La primera es lo que llamo la "naturalización de la guerra". Las guerras y los conflictos se han convertido en un componente indisociable del discurrir geopolítico del mundo. Hoy sin guerras y conflictos no cabe imaginar la realidad del mundo.

Y esas guerras y conflictos tampoco son producto del azar, sino que todos están en unos procesos de convergencia, unos explícitos y otros implícitos. Sin embargo, el resultado es que hoy a todos nos parece que lo normal es que haya guerras. Pero al mismo tiempo que hemos naturalizado la guerra, que la hemos convertido en algo propio del convivir humano, hemos generado una reacción antibélica extraordinaria. Hoy en día, lo que más moviliza, lo que más une, es el clamor por la paz. Seguramente, muchos de ustedes fueron protagonistas, han sido protagonistas, y esperamos que vuelvan a ser protagonistas, de la exigencia de paz.

Ésta doble y además simultánea reivindicación —la guerra como algo de lo que no logramos separarnos y la paz sin la que no podemos vivir—, es quizá el primer rasgo contradictorio de las realidades contemporáneas. Me refiero aquí a las guerras, pero también a los conflictos, que en la mayoría de los casos son bélicos. Los europeos, y sobre todo los europeos mediterráneos, estamos viviendo cotidianamente con el horror de los flujos migratorios, que son realmente conspiraciones de muerte absolutamente insoportables. Y sin embargo, como esa guerra la vivimos televisivamente entre el aperitivo y el postre, la hemos incorporado a la trama de nuestra cotidianidad.

La segunda gran contradicción es la de la extraordinaria producción de riquezas, simultánea de un imparable aumento de la miseria. Nunca como ahora se habían producido tantas riquezas: hemos multiplicado el PIB mundial por cinco en los últimos cuarenta años, logro absolutamente impresionante, y sin embargo, como señalan los datos de las organizaciones internacionales (el PNUD, el Banco Mundial, etc.), nunca las desigualdades han sido tan monstruosas, nunca la miseria y las muertes por hambre han sido tan sobrecogedoras.

Y la tercera es la de la uniformización de la vida y de las existencias humanas, consecuencia del conjunto de procesos globalizadores de todo tipo, antes que nada financieros, pero también económicos, sociales y políticos, que se traducen en una homogeneización de valores, de instituciones, de prácticas, de comportamientos. Lo que provoca la inevitable reivindicación, cada vez más dramática, de la defensa de la propia identidad, identidad no sólo individual sino, sobre todo, colectiva, de la lucha por las diferencias, que lo es por la diversidad. Es posible que estemos mitificando la diversidad, pero se trata de un referente más fecundo que el de la uniformización, y hoy más necesario frente al unilateralismo político empeñado en negar, por razones de estrategia imperial y de ideología de la dominación, que lo esencial de la realidad mundial es multipolar.

Estas tres grandes contradicciones de consecuencias dramáticas se viven de manera aún más radical en el contexto de la mundialización.

Y a ese respecto conviene distinguir entre mundialización y globalización, procesos que se consideran equivalentes pero que no lo son. Simplificando diremos que la mundialización se caracteriza por la discontinuidad, y porque interviene en cualquier campo temático y sectorial. Por el contrario, la globalización entraña la continuidad y sólo existe plenamente en el ámbito financiero. La globalización tiene parámetros iguales en su producción y en sus procesos secuenciales, la mundialización no. Mundialización y globalización nos enfrentan con la realidad, hoy más patente que nunca, de que el mundo es global y hace falta buscar algún tipo de organización para gobernar esa globalidad. Las grandes instancias económicas, y en especial las organizaciones económicas internacionales, han lanzado el término de gobernanza, acuñado por el Banco Mundial y extraordinariamente generalizado hoy. La gobernanza busca transponer al campo político los principios de funcionamiento del mundo económico, es decir, la convicción de que existe una tendencia a la convergencia espontánea de los actores y hay que defender que funcionen por sí solos. Por lo tanto, cuantas menos interferencias se produzcan en todos los campos, económico, político, social, mejor funcionará la sociedad.

A esta concepción espontaneísta e irénica del acontecer social se opone la que afirma que las relaciones sociales son relaciones esencialmente conflictivas, y que el conflicto es uno de los componentes básicos del vivir en sociedad. Ahora bien, el sociólogo quizá institucionalmente más eminente que tenemos vivo, Anthony Giddens, el ideólogo de Tony Blair y creador de la tercera vía, durante muchos años y hasta hace poco presidente de la London School of Economics, y autor de libros en los que muchos hemos apoyado nuestro aprendizaje sociológico, hoy está absolutamente en la otra esquina. En la esquina en la que el conflicto no existe, como no existe la clase social. Cuando me adentraba de la mano de Giddens en la enmarañada selva del saber social, sus dos categorías centrales eran el conflicto y la clase social. Pues bien, en los últimos libros del profesor Giddens, no es que no se le dedique capítulo alguno, es que ni siquiera aparecen en el glosario de términos. Esta voluntad de censura corresponde a una opción ideológica muy patente en el caso de Giddens, porque de él aprendimos la potencia explicativa de esas categorías para la realidad social.

Pero mal que le pese a Anthony Giddens y a los adeptos al irenismo, toda convivencia social es una convivencia conflictiva. Y la cuestión es cómo regular esa conflictividad y los antagonismos grupales e individuales que conlleva para que no desemboquen necesariamente en violencia y caos. El recurso más a mano son las grandes orientaciones, las pautas, las normas susceptibles de encuadrar las luchas

de intereses y la oposición de creencias y valores. En cualquier caso lo que la experiencia nos ha probado es que una sociedad sin pautas ni principios a causa de la eficacia perturbadora del conflicto, acaba siempre siendo una sociedad de mafias. Llamo mafia no sólo a las que formalmente conocemos como tales, las que dirigen la criminalidad organizada, sino a todo poder político o económico sin contrapesos, sin contrapoderes, sin límites. Aun a riesgo de parecer excesivo, cabe calificar el poder que hoy existe en el mundo de las grandes empresas, en particular en el informático, como un poder mafioso, es decir, un poder en muy pocas manos, sin transparencia alguna, exento de rendir cuentas a nadie excepto a la camarilla que lo gobierna y teniendo, por lo menos modalmente, el mismo comportamiento que tienen las mafias. ¿Cómo someterlas a un mínimo encuadramiento que limite sus efectos perversos e impida su multiplicación y persistencia? La opción que propongo, a nivel mundial, no es la de la gobernanza sino la de la gobernación, que no es propiamente un gobierno del mundo, porque un gobierno sólo es coherente e inteligible si tiene como ámbito de ejercicio un Estado, y el mundo ni es un Estado ni a lo mejor conviene que lo sea. La gobernación es un entramado de poderes plural y múltiple, de niveles muy diversos y en permanente proceso de gestación, inspirado por un conjunto de principios y valores con algunas estructuras que no tengan la capacidad coercitiva que tienen los Estados nacionales, pero que de alguna forma sirvan de apoyatura para la concreción y el ejercicio de esos grandes principios ordenadores.

Los que estamos en opciones de progreso somos eminentemente críticos, pero con mucha frecuencia nos quedamos nada más en la crítica. Pienso que una crítica sin propuestas o sin voluntad propositiva acaba siendo siempre redundante, con frecuencia desalentadora y sobre todo estéril. De aquí que me propusiera hace veintisiete años cuando comencé a escribir en *El País*, que cualquier crítica que hiciera tenía que acabar con una propuesta, por utópica que esta fuese y por sucinto que fuera el espacio de que se dispusiera para presentarla. Cuando se vive encerrado, hay que buscar la salida y señalarla, mostrar el camino por donde seguir andando.

Pero ¿cómo imponer la gobernación del mundo? La hipótesis que hoy parece más fecunda es la de la regionalización. Hay que regionalizar el mundo, pero no limitándonos a las grandes institucionalizaciones político-gubernamentales como puede ser en América Latina la OEA, que desde luego cumple una función, pero absolutamente insuficiente, sino apelando a los espacios geopolíticos y ecoculturales subregionales. En la regionalización del continente americano es inevitable que EEUU imponga su ALCA, pero hay que buscar un estatus especial para México y para América central. El otro gran componente del área americana para nosotros

capital, en el que tenemos ya un núcleo, un polo al que podemos agregar muchos otros elementos, es MERCOSUR, con sus cuatro países fundadores (Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay) a los que se han adherido ya Chile, Venezuela, Perú y Bolivia. Se trata de una gran subregión, que no va a resolverlo todo pero que va a constituir un gran bloque capaz de neutralizar las ambiciones de las potencias del norte y de otras áreas integradas, sin excluir la Unión Europea. Qué duda cabe que en Europa tenemos una hipótesis de regionalización muy clara, que comporta, por una parte, a Rusia y todo su *hinterland* de países y, por otra parte, a la Unión Europea. Lo mismo podríamos decir de Asia con sus cinco grandes subáreas. El gran problema es el inmenso y dramático continente africano, ¿cómo cabe regionalizar África?

Dentro de estas áreas regional o subregionalmente integradas, hemos de reivindicar la dimensión de lo local en su distintas declinaciones. Su presencia es tan imperativa que ya hemos creado la palabra para designar la combinación de lo local y de lo global, la glocalización (*glo* de global, *cal* de lo local), pero que sin embargo no puede funcionar si no disponemos de estas grandes áreas de intermediación. La regionalización geopolítica del mundo, el hecho de agregar a las grandes organizaciones regionales institucionales este nuevo mosaico macro-regional, mitad geopolítico y mitad ecocultural, es fundamental para resistir a la dominación de los grandes imperios. Pues en esta función, ocupada hoy esencialmente por EEUU y Rusia, pronto se añadirán China, la India, Brasil, África del Sur, con los que hay que intentar que cada cual cumpla en su subárea una función de encuadramiento y de estabilización que, al mismo tiempo que refuerza en su conjunto el área a la que pertenece, contribuya al equilibrio mundial de todas las áreas.

Termino con un tema mayor de nuestra contemporaneidad última: la lucha ideológica y la forma regresiva que está adoptando. Regresión en el ámbito económico y político en todas partes, en el cultural y también en el religioso, que reclaman un frente ideológico de resistencia cuyos referentes fundamentales tienen que ser el pluralismo y la tolerancia, comenzando con las religiones donde cada una debe conservar su especificidad, evitando las confusiones y las alianzas contra natura. ¿Cómo se puede explicar que el mayor valedor del *lobby* judío en EEUU sea la Christian Coalition, cuando el general Franco, que era un ultraderechista, creó en España desde los mismos supuestos un Tribunal de represión contra la masonería, los judíos y el comunismo? ¿Cómo es posible que ahora los católicos más enfervorecidos se constituyan en los principales valedores de la política y de la ideología del Israel integrista en EEUU? Pero claro, no de cualquier política de Israel, pues hay una dimensión extraordinariamente pugnaz y valiente, una opción de

progreso dentro de la realidad judía, sino de sus sectores más reaccionarios. La convergencia que se opone entre integrismos, entre reaccionarismos, no entre religiones y creencias, es la explicación.

Estas conversiones no son fruto de un día, requieren tiempo, preparación e insistencia. En nuestro caso encontraron su gran momento con Reagan, y apoyados en el inmenso poder político y económico que supone la presidencia en Estados Unidos, decidieron fortalecer y multiplicar los *think tanks* integristas. En EEUU existen más de 50, allí se conciben y desde allí se lanzan los grandes temas internacionales, primero a las grandes organizaciones intergubernamentales —FMI, Banco Mundial, etc.—, de ellas van a los gobiernos de los Estados, que los nacionalizan, los interiorizan y los transmiten a los medios de comunicación, y a partir de ahí la generalización es prácticamente imparable. Además, lo que ha sucedido con el proceso del integrismo ideológico americano es que los *think tanks* no han encontrado resistencia alguna y su carrera ha sido triunfal. Lo que es tanto más sorprendente si pensamos que en los años sesenta y setenta los EEUU eran la cuna del pensamiento abierto y avanzado; han bastado treinta años y la acción combinada de los *think tanks* y los Medios para situarnos en el otro extremo. Y obviamente sin el machaqueo de la Fox y de las otras grandes cadenas, la vuelta al calcetín no hubiera sido posible.

¿Qué fue lo que más utilizamos nosotros en la lucha contra la guerra de Vietnam? Dos fotos impresionantes. Una foto era la de una niña, una muchacha de 11 años en las calles de Saigón con los brazos en alto, corriendo desnuda y despavorida, con unos ojos terriblemente dilatados por el terror. Otra, la de un soldado norteamericano apuntando con una pistola en la sien de un soldado vietnamita arrojado al que acaba disparando con saña. Esas dos fotos fueron las que transformaron la percepción del americano medio de la guerra del Vietnam, y Murdoch ha hecho ahora absolutamente imposible este tratamiento mediático. Claro que ha habido muchas voces críticas, claro que gran parte de la *intelligentsia* norteamericana ha estado contra la guerra, pero los medios han estado todos a favor. Incluso cuando ya nadie creía que hubiera armas de destrucción masiva, se hizo una encuesta muy importante en el mes de febrero de 2004 y el 78 por ciento de los encuestados contestaron que sí, que había armas de destrucción masiva, y lo que es más, que las tropas americanas las habían descubierto y fotografiado. Frente a la opinión del mundo entero, incluido de alguna manera del mismo Powell, el público de Bush/Murdoch seguía defendiendo su versión.

Resistencia frente al adoctrinamiento embrutecedor de los Medios, frente a la realidad mediática que producen y con la que quieren suplantar, y lo consiguen,

la realidad real. Resistencia que debe comenzar en la medida en que quepa, en los Medios mismos, en los diarios de referencia, en las grandes cadenas de televisión y en los medios alternativos que nos son más accesibles. Pero, sobre todo, resistencia en el mundo del pensamiento, de la reflexión y del análisis que es nuestro mundo, el único en el que nos podemos batir con las mismas armas. Y por el que además toda transformación comienza.

## NOTAS

- \* José Vidal-Beneyto es licenciado en Filosofía, Sociología, Ciencia Política y Derecho, y doctor en Derecho. En la actualidad es director del Colegio de Altos Estudios Europeos "Miguel Servet", en París. Asimismo, es secretario general de la Agencia Europea para la Cultura de la UNESCO, presidente del Consejo Mediterráneo de la Cultura de la UNESCO y miembro de la Academia Europea de las Artes, las Ciencias y las Letras. Es presidente de la Asociación de Amigos de *Le Monde-Diplomatique* y vicepresidente del Consejo Federal del Movimiento Europeo. Este texto es una transcripción de la ponencia del profesor Vidal-Beneyto en el Encuentro Internacional Complutense "Globalización, pobreza y desarrollo. Los retos de la cooperación internacional", autorizada y corregida por el autor.



Durante varias décadas se ha proclamado desde diversas organizaciones y organismos internacionales el compromiso con el gran objetivo del desarrollo. Más allá de lo declarado, la realidad que nos circunda se empeña en ser obstinada, y se puede apuntar, sin lugar a dudas, que serán necesarias varias décadas adicionales enfocadas a la consecución del desarrollo para conseguir avanzar en la mejora de las condiciones de vida de buena parte de la población mundial. La tarea, incluso tomando en consideración la existencia de nuevos consensos a favor del desarrollo, no es pequeña, pues los orígenes del subdesarrollo y de sus consecuencias más lacerantes para el ser humano (hambre, pobreza, desigualdad, analfabetismo, reducida esperanza de vida, entre otras y sin ser exhaustivo) tienen sus causas en la evolución histórica de la propia lógica de funcionamiento del sistema, de modo que cualquier intento de superación pasaría necesariamente por un esfuerzo en la definición de otras alternativas en cuanto al sistema en el que nos encontramos.

En el afán de contribuir al debate para discutir diferentes visiones relacionadas con la política de cooperación internacional, el Segundo Seminario Internacional Complutense, organizado por el Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación (IUDC-UCM), bajo la denominación: "Globalización, pobreza y desarrollo. Los retos de la cooperación internacional" ha facilitado la celebración de un foro internacional, multidisciplinar y plural, en el que se analizaron las políticas internacionales de lucha contra la pobreza y a favor del desarrollo, así como las causas que impiden o retrasan la puesta en práctica de los consensos mundiales en torno a dichos temas. El resultado de este encuentro, casi en su totalidad, se transcribe en las páginas que configuran este libro.

